

En torno a Westerdahl se agrupó un puñado de poetas y narradores, a quienes unía la embriaguez auroral que trajo a las islas Canarias el advenimiento de la Segunda República. Los fundadores de "Gaceta de Arte" sustentaban "criterios muy distintos en los diversos niveles de las actividades del espíritu", pero los unía una común aspiración a la "viva revolución de cualquier actividad humana, con unas inéditas formas de artes, literatura y moral más libres, más a la altura de los tiempos, más en consonancia con un sentido insoslayable del progreso de nuestra cultura".

El fenómeno "Gaceta de Arte", que trasciende el marco estricto de lo literario-artístico, remite —para su debida comprensión— a la reiteradamente ejercida vocación cosmopolita de las islas Canarias. El cosmo-

politismo canario, para Pérez Minik, actúa de contrapeso del aislamiento y el narcisismo a que propende el hombre de las islas. "Hemos necesitado siempre —escribe— del extranjero, del prójimo distinto, del forastero, ante el temor de que nos podemos convertir por el influjo de cualquier Némesis desdeñosa en Narcisos que sólo saben cultivar la flor de su propia imagen".

"Facción española surrealista de Tenerife" es un documento vívido y entrañable de la realidad tinerfeña de los años treinta, en que un grupo de isleños lúcidos e ilusionados trataron de subvertir todos los códigos morales y claves artísticas que estorbaban sus ansias de ver el Universo desde una nueva perspectiva. "Un grupo de rebeldes encorbatados, que organizaron exposiciones heterodoxas, publicaron libros desconcertantes y

proyectaron películas escandalosas", como escribe Pérez Minik con frenada emoción. El libro —que va ilustrado con fotos relacionadas con la actividad de "Gaceta de Arte"— contiene una antología de la literatura surrealista en Tenerife, que habrá de interesar a los estudiosos del fenómeno surrealista en España.

■ PEDRO FERNAUD.

Valle-Inclán póstumo: El último Fabra Barreiro

El trabajo crítico es hoy doblemente difícil: por un lado, Valle-Inclán, consagrado y con-testatario, genial sin duda, pero cargado de reverencia por mi parte. Pero sobre todo Gustavo

Fabra, el compañero estúpida, recientemente perdido, y su conocimiento y su lectura increíble, la que prologa esta edición de "El trueno dorado", la novela póstuma de don Ramón (1). Y hay que decir que cierto puente que se establece indefectiblemente entre prólogo y texto, entre notas y advertencias y escritura propiamente vallein- clanesca, viene dado por las mismas calidades: que es algo que se me impone, como una cadena cerrada de lectura que va y viene desde la novelita al estudio, y desde él vuelve de nuevo al texto y lo va esclareciendo... Así, mi labor ahora

(1) "El trueno dorado". Novela póstuma de Ramón del Valle-Inclán. Edición, prólogo y notas de Gustavo Fabra Barreiro. Ed. Nostromo. Madrid. Diciembre de 1975.

El Movimiento Dadá, asesinado

El pasado día 19 trató de celebrarse en el Instituto Alemán de Madrid el primero de una serie de actos destinados a informar sobre el Movimiento Dadá. Los organizadores —Mariano Navarro, Lorenc Barber, Silvia Lezcano, Pedro M. Lucía y Susana Marín— habían preparado una serie de actos informativos y creativos, con los que pretendían aclarar ideas sobre lo que fue el Movimiento y su vigencia en las últimas formas de experimentación poética, a las que ha legado un lenguaje. Como es sabido, parte de la actuación pública de Dadá se basaba en la provocación más absoluta, dirigida incluso contra sí mismo; se esperaba, pues, provocación a un cierto nivel, y también participación activa del público en los actos programados, que incluían conciertos, conferencias, lectura de poemas y proyección de películas y diapositivas. Lo que no se esperaba es lo que sucedió.

Veinticinco minutos aproximadamente después de comenzar el acto, se introdujo en la sala un individuo portador de un pedestal, con el que había estado golpeando previamente la puerta; este caballero se subió en su podio y se puso a arengar al público con frases violentas —discurso incoherente donde lo político se mezclaba con lo caricaturesco, convirtiéndose en payasada—, boicoteando así la conferencia que en ese momento pronunciaba Mariano Navarro. El descon-

cierto fue total: parte del público pensó que se trataba de un "acto dadaísta", preparado por los organizadores, mientras que otros —descontentos por la forma convencional en que se estaban desarrollando las cosas hasta entonces— apoyaban al agitador y llamaban reaccionarios a los organizadores, no suficientemente "dadaístas" para su gusto. Ante la provocación, el director del Instituto Alemán —que había sido agredido



Tristán Tzara, fundador de Dada, fotografiado por Man Ray.

verbal y físicamente— declaró que la sesión quedaba suspendida; en ningún momento se intentó responder a la violencia de una forma violenta, ni se avisó a la Policía. Parte del público se retiró, y quedaron solamente los revoltosos que acabaron por marcharse también, víctimas de su propio aburrimiento. Sesenta años después de su fundación, cincuenta años después de su "muerte oficial", el Movimiento Dadá cata de nuevo asesinado en Madrid.

La imposibilidad de llevar a cabo un acto cultural, por razones distintas de las acostumbradas, es algo que hace reflexionar. Y las consecuencias de esta reflexión resultaban reveladoras de un estado de cosas verdaderamente triste: resulta increíble que un movimiento que fue de vanguardia y resultó efectivo a principios de siglo, siga despertando en nuestro país reacciones apasionadas y violentas. Es evidente que no se puede minimizar a Dadá, ni negar su importancia artística e incluso política, pero también resulta impensable el resucitarlo. Los verdaderos culpables del fracaso del cursillo sobre Dadá no fueron sus organizadores, ni el Instituto Alemán, ni siquiera los provocadores irresponsables: culpable es la falta de información, normal en un país que lleva alejado de toda realidad —cultural o no— casi tanto tiempo como lleva Dadá muerto. ■ EDUARDO HARO IBARS.

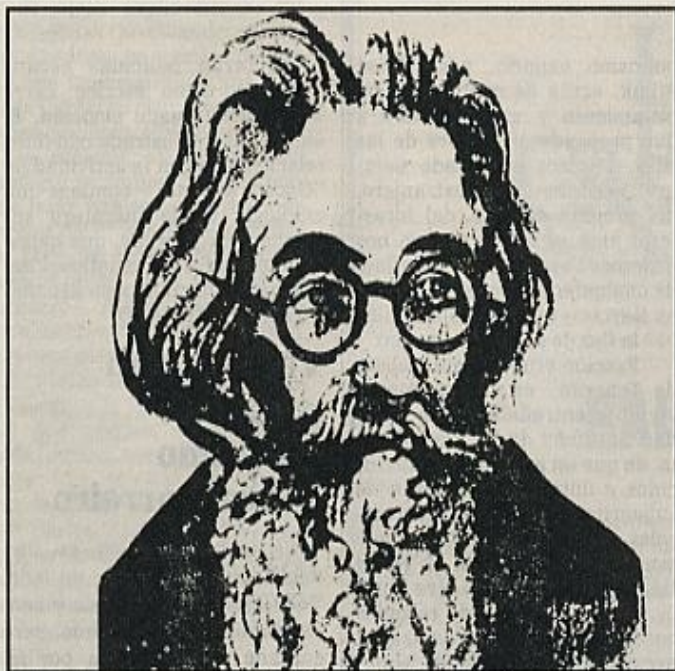
se me plantea casi repetitiva, vocera, mucho más inútil que otras veces. Imposible de recuperar, cuando lo que se requiera es revivirlos.

"El trueno dorado" es una ráfaga de vida madrileña, destinada, como señala Fabra, a formar parte de *El Ruedo Ibérico*. Una débil trama argumental, cargada con todo de intención, da ocasión a una narración tan plástica como siempre en Valle, con esa visión pictórica y expresionista, terrible, teatral, cargada de sentimiento y palpación, de calor. El desarrollo de una historia que prima sólo en tanto en cuanto da ocasión a una denuncia expresa de la corrupción y las lacras de la sociedad de clases, va permitiendo la construcción del texto, que sería lineal si no fuera por esa primacía del montaje, por esos espacios vacíos y la diferencia en las profundidades de captación de las escenas que se van sucediendo ante nuestros ojos. Y, señala Fabra, si no fuera por esa conversación que el texto entabla con el resto de *El Ruedo Ibérico*, un texto casi infinito, concebido, dice, "como un tejido significativo que se va construyendo de modo progresivo y recurrente".

Hace hincapié, pues, en esta fabricación textual, que puede encerrar todo el trabajo de Valle-Inclán, que nos lanza a una lectura inédita de este autor inacabable. De hecho, y a la luz de las sucesivas y precarias ediciones de los textos de Valle, Fabra descubrirá ese "diálogo permanente del autor con sus propias obras" y lo sacará de la consabida preocupación formal, para sentirlo como articulación de la obra misma en el desarrollo de la historia.

A esta luz, la obra de Valle se nos presenta como un trabajo continuo, abierto. Y para que no caigamos en la confusión, Fabra nos advierte sobre su carácter: no se trata de una "obra abierta" en el sentido usual del término, precisamente porque al texto progresante de Valle le falta esa voluntad pluridimensional y ambigua que caracteriza esta categoría. El sentido, dice, es uno y claro: comprometido con la realidad concreta española, destinado, el texto, a la desmitificación de nuestra historia.

Y, efectivamente, en esta



Valle-Inclán (dibujo de Conde Corbal).

novelita siniestra y bellísima, de buenos y malos, representable como un constante y desordenado aguafuerte —ese retablo constantemente formado y roto por las figuras del bujo fondo madrileño—, salta a la cara la relación voluntariamente querida entre una estética bronca y desgarrada y una ética corrosiva, "que perfora cualquier orden degradado y degradante". Así, y contra cualquier pretensión mecanicista, Fabra puede decir, y la obra mostrar que "el esperpento implica, más que un género literario, una razón capaz de hacer patente cuanto de irracional existe en las formas de vida dominantes, cuanto de falso y envilecedor hay en los dogmas y valores consagrados".

Efectivamente, por este texto pasan los "espejos cóncavos" de Valle, la estética chabacana del bululú, mostrando, alargados y deformes, los personajillos de nuestra España. Esa nobleza charanguera y noctámbula, que convierte el asesinato impune en accidente casual, o su otra cara, la horrorizada y caritativa hipocresía, igualmente sin ley. O su formidable defensa legal, aquel licenciado Rosillo que "tenía un ampuloso repertorio de frases pulpables y declamatorias, de trinos patrióticos y sentimentales, de invocaciones a las sombras invictas que discurren por la floresta de laureles patrios". Y la simpatía casi mártir, casi ascética, del anarquista, idealis-

ta trabajador social. Y el cuadro de ese pueblo que seguía gritando "vivan las caenas", entre la desesperanza y la moral de los esclavos, en la sumisión, en la aceptación irredenta de la pobreza, la prostitución, la esclavitud, la muerte.

Las referencias a la realidad son constantes. Más allá de esos parecidos, que hacen funcionar el esperpento como espejo deformante, pero como espejo al fin —el único posible, cree Valle— y por si la cosa pudiera escaparse por algún sitio, calles y plazas, personajes que son personas reales, periódicos que existen, lenguaje vivo, que, pese al tratamiento literario cuidadísimo, conserva toda la frescura, casi el sonido, de las hablas castizas. Y más: esa vuelta de personajes conocidos, que a veces reales a veces literarios, pasean por el resto de la obra de Valle: la puesta en comunicación del discurso consigo mismo y con la realidad. La declarada primacía del sentido sobre el resto de los elementos creativos. La puesta en marcha, en suma, de esa maquinaria infernal de destrucción que es el texto de Valle-Inclán.

Y tan es así que "el grito estridente de la Sofí con que se cierra 'El trueno dorado' ('¡Mi padre! ¡Mi padre! ¿Quién mató a mi padre?') no resuena con acentos de un melodrama anecdótico y efectista: lo percibimos —discurso que niega la literatura— como

un clamor de impotencia y de escarnio en un círculo perdido del oprimente y oprimido ruedo de España. Como un grito que apela desde su inconsciencia a la lucidez".

Quiero llamar la atención sobre este quiebro final que se permite Fabra: donde un grito horrible niega la literatura, desde su ser de escritura misma. Donde la palabra, terriblemente literaria, opta por la vida. Esta es la lectura que Fabra propone para Valle-Inclán. Yo no hago sino suscribirla. ■ ROSA MARIA PEREDA.

Anagrama: Dos secuestros y tres procesos

"La censura española obedeció a la ley de la estupidez", afirmó no ha mucho Eduardo Haro Tecglen. Y esas palabras, compartidas por el 99 por 100 de los que nos dedicamos en este bendito país a la creación cultural en cualquiera de sus formas, me las recordaba el otro día Jorge Herralde, director literario de la Editorial Anagrama. Me lo decía sin indignación aparente, más bien con un cierto desespere adquirido en largos años de esperanza.

De las contradicciones de la "nueva etapa" inaugurada por el Rey —¿caminamos ya, por fin, a la libertad, a la democracia?— hay ejemplos abundantes todos los días. Por ejemplo, el día 24 de diciembre se personaron en las oficinas de Editorial Anagrama unos agentes de la autoridad portadores de un telegrama del Tribunal de Orden Público que decretaba el secuestro del "cuaderno Anagrama", número 104, titulado "Fragmentos de un discurso libertario". No habían transcurrido veinte días cuando de nuevo otro telegrama del TOP visitaba la misma editorial para secuestrar el libro de Antonio Gramsci y Amadeo Bordiga, "Debate sobre los Consejos de Fábrica". Y a otro libro de Anagrama de muy reciente edición, "La oposición obrera", de Alejandra Kollontai, se le ha abierto proceso en el susodicho Tribunal, aunque esta vez sin secuestro previo.